

llarla en este mundo. Se ha incorporado y unido a la cruz de tal manera, que podemos decir con toda verdad: ¡la Sabiduría es la cruz, y la cruz es la Sabiduría!

CAPÍTULO XV

Medios para alcanzar la divina Sabiduría

PRIMER MEDIO: DESEO ARDIENTE

1. TE ES NECESARIO DESEAR LA SABIDURÍA

(181) ¿Hasta cuándo, hijos de los hombres, tendréis el corazón endurecido y apegado a la tierra? ¿Hasta cuándo os complaceréis en la vanidad y buscaréis la mentira?¹ ¿Qué esperaréis para abrir los ojos y los corazones a la divina Sabiduría, que es la más deseable de todas las realidades; que para ganarse el corazón de los hombres revela su propio origen, manifiesta su belleza, ostenta sus tesoros y atestigua de mil maneras sus anhelos de que la deseen y busquen?

Ansiad, pues, mis palabras.² Ella misma se

¹ Sal 4, 3.

² Sb 6, 11.

da a conocer a los que la desean.³ El deseo de la Sabiduría conduce al Reino eterno.⁴

2. CÓMO DESEAR LA SABIDURÍA

(182) Desear la Sabiduría debe ser un gran don de Dios, puesto que es la recompensa de la fiel observancia de sus mandamientos: *Si deseas la Sabiduría, cumple los mandamientos, y el Señor te la dará.⁵ Reflexiona sobre el temor del Altísimo y medita sin cesar sus mandamientos; Él te dará la inteligencia y, según tus deseos, te hará sabio.⁶*

En efecto, *la Sabiduría no entra en alma de mala ley ni habita en cuerpo deudor del pecado.⁷*

Conviene que el deseo de la Sabiduría sea santo y sincero y vaya acompañado de la fiel observancia de los mandamientos de Dios. Porque existe una multitud de insensatos y perezosos que tienen millares de deseos, o mejor, de veleidades por el bien, que no los

³ Sb 6, 13.

⁴ Sb 6, 20-21.

⁵ Si 1, 33.

⁶ Si 6, 37.

⁷ Sb 1, 4.

impelen a apartarse del pecado ni hacerse violencia, y, por lo mismo, son ineficaces y engañosos, matan y conducen a la condenación: *Los deseos dan muerte al holgazán, porque sus manos se niegan a trabajar.*⁸ El Espíritu Santo, Maestro de ciencia, *rehúye la estratagemas, levanta el campo ante los razonamientos sin sentido y se rinde ante el asalto de la injusticia.*⁹

3. EJEMPLOS CONVINCENTES

(183) Salomón —modelo que nos ofrece el Espíritu Santo en la obra de adquirir la Sabiduría— sólo la recibió después de haberla deseado, buscado y pedido durante largo tiempo: *Por eso supliqué, y se me concedió la prudencia; invoqué, y vino a mí el espíritu de sabiduría.*¹⁰ *La quise y la rondé desde muchacho y la pretendí como esposa, enamorado de su hermosura.*¹¹ *Me puse a dar vueltas tratando de llevármela a casa.*¹²

⁸ Pr 21, 25.

⁹ Sb 1, 5.

¹⁰ Sb 7, 7.

¹¹ Sb 8, 2.

¹² Sb 8, 18.

Para obtener el gran tesoro de la Sabiduría, debes ser *hombre de deseos*,¹³ como Salomón y Daniel.

SEGUNDO MEDIO: ORACIÓN CONTINUA

1. TE ES NECESARIA LA ORACIÓN CONTINUA

(184) Cuanto mayor es un don de Dios, tanto más difícil es alcanzarlo. ¿Cuántas plegarias y trabajos no implicará entonces el don de la Sabiduría, que es el mayor de todos los dones de Dios?

Escuchemos lo que dice la misma Sabiduría: *Pedid, y se os dará; buscad, y encontraréis; llamad, y os abrirán*.¹⁴ Como si dijera: ¿Quieres hallarme? ¡Búscame! ¿Quieres entrar en mi palacio? ¡Llama a mi puerta! ¿Quieres poseerme? ¡Tienes que buscarme! Nadie me encuentra, si no me busca. Nadie llega a poseerme, si no me pide. Todo lo alcanzarás con la plegaria.

La oración es el canal por el cual comunica Dios ordinariamente sus gracias, y de modo especial la Sabiduría. El mundo imploró por

¹³ Cf. Dn 9, 23.

¹⁴ Mt 7, 7; Lc 11, 9.

milenarios la Sabiduría. María se preparó durante catorce años con la plegaria para recibirla en su seno. Salomón sólo la alcanzó después de haberla pedido por largo tiempo con ardor extraordinario: *Al darme cuenta de que sólo me la ganaría si Dios me la otorgaba..., me dirigí al Señor y le supliqué...¹⁵. Dame la Sabiduría entronizada junto a ti.¹⁶*

Si alguno de vosotros se ve falto de Sabiduría, pídasela a Dios, que da sin regatear y sin humillar; Él se la dará.¹⁷ Advierte, de paso, que el Espíritu Santo no dice: «Si alguno se ve falto de caridad, de humildad, de paciencia», etc., que son virtudes ciertamente tan excelentes, sino: «Si alguno se ve falto de Sabiduría.» Porque, al pedir la Sabiduría, pedimos todas las virtudes que ella encierra.

Para alcanzarla hay, pues, que pedirla. Pero ¿cómo?

2. CÓMO PEDIR LA SABIDURÍA

(185) 1º Debes pedir la Sabiduría con fe viva y firme, sin titubear: *Tiene que pedir con*

¹⁵ Sb 8, 21.

¹⁶ Sb 9, 4.

¹⁷ St 1, 5.

fe, sin titubear lo más mínimo,¹⁸ pues quien tiene una fe vacilante no debe esperar alcanzarla: No se piense ese individuo que va a recibir nada del Señor.¹⁹

(186) 2º Debes pedirla con fe pura, sin apoyar la oración en consolaciones sensibles, en visiones o revelaciones extraordinarias.

Aunque esto pueda ser bueno y valedero — como lo fue para algunos santos —, no deja de ser peligroso apoyarse en ello. La fe es menos pura y meritoria cuanto más se fundamenta en estas gracias extraordinarias y sensibles.

Razón más que suficiente para animarnos a pedirla al Señor con toda la fe y ardor posibles, la constituye cuanto nos revela el Espíritu Santo acerca de la grandeza y hermosura de la Sabiduría, de los deseos que Dios tiene de dárnosla y de la necesidad que tenemos de poseerla.

(187) La fe pura es el principio y el fruto de la Sabiduría en el alma; a mayor fe corresponde mayor Sabiduría, y a mayor Sabiduría, mayor fe.

El justo —o el sabio— no vive sino de la fe,²⁰

¹⁸ St 1, 6.

¹⁹ St 1, 5-7.

²⁰ Cf. Ha 2, 4; Rm 1, 17; Ga 3, 11; Hb 10, 38.

sin ver, sentir, gustar ni vacilar. «Dios lo ha dicho o prometido»; éste es el fundamento de todas sus plegarias y acciones, aunque naturalmente le parezca que Dios no tiene ojos para ver las miserias, ni oídos para escuchar las plegarias, ni brazos para aplastar a sus enemigos, ni manos para prestarle ayuda, y aunque se vea asaltado por distracciones, dudas y tinieblas interiores, por ilusiones en la imaginación, hastío y tedio en el corazón, tristeza y agonía en el alma.

El sabio no pide ver cosas extraordinarias —como las vieron los santos—, ni experimentar dulzuras sensibles en la oración y prácticas de piedad. Implora con fe la divina Sabiduría, seguro de que la alcanzará;²¹ sí, mucho más seguro que si descendiera un ángel del cielo a revelárselo, porque Dios ha dicho: *Todo el que pide recibe.*²² Todo el que pide debidamente a Dios, recibe lo que pide: *Si vosotros, malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros niños, ¿cuánto más vuestro Padre del cielo dará Espíritu Santo —el Espíritu de Sabiduría— a los que se lo piden?*²³

²¹ St 1, 5-7.

²² Lc 11, 10.

²³ Lc 11, 13.

3. DEBES PEDIRLA CON PERSEVERANCIA

(188) Para lograr esta perla preciosa e infinito tesoro debes utilizar una santa importunidad ante Dios. De lo contrario, no la alcanzarás nunca.

No debes portarte como muchas personas cuando piden a Dios alguna gracia. Después de pedir por algún tiempo, quizás por años enteros, al no ver el resultado, se desaniman y dejan de orar, pensando que Dios no las escucha. Así pierden el fruto de sus plegarias e injurian al Señor, quien se complace en dar y atiende siempre, de un modo u otro, las oraciones bien hechas.

Por tanto, si deseas alcanzar la Sabiduría, debes solicitarla día y noche, sin cansarte ni desanimarte. ¡Mil y mil veces dichoso si, después de diez, veinte o treinta años de súplicas, logras alcanzarla, aunque sea una hora antes de morir! Y si sólo la obtienes después de haber pasado toda la vida buscándola, pidiéndola y mereciéndola con toda clase de trabajos y padecimientos, persuádate de que no se te ha concedido con derecho propio, como una recompensa, sino por misericordia, como una limosna.

(189) ¡No! Los negligentes e inconstantes en la plegaria y búsqueda de la Sabiduría no lograrán alcanzarla. Solamente la consiguen quienes imitan al amigo que de noche va a golpear a la puerta de su amigo para pedirle prestados tres panes. Advierte que la Sabiduría misma nos indica en esta parábola o historia cómo debemos buscarla para obtenerla.

El amigo llama y redobla los golpes y la súplica cuatro o cinco veces, cada vez con mayor fuerza e insistencia, aunque sea ya cerca de medianoche —hora importuna por estar ya acostado su amigo— y aunque haya recibido doble o triple rechazo por impertinente e importuno. Hasta que al fin, molesto por tanta insistencia, el amigo se levanta, abre la puerta y le da cuanto le pide.²⁴

(190) Es así como debes pedir la Sabiduría, si quieres alcanzarla. Dios quiere ser importunado; se levantará infaliblemente, tarde o temprano; abrirá la puerta de su misericordia y dará los tres panes de la Sabiduría: el pan de vida, el pan de entendimiento y el pan de los ángeles.

Te presento ahora esta plegaria, compues-

²⁴ Lc 11, 5-8.

ta por el Espíritu Santo para implorar la Sabiduría:²⁵

4. ORACIÓN DE SALOMÓN PARA OBTENER LA SABIDURÍA DIVINA

- (191) 1. *Dios de mis padres, Señor de misericordia,
que todo lo creaste con tu palabra*
2. *y formaste al hombre sabiamente
para que dominara todas tus criaturas,*
3. *gobernara el mundo con justicia y santidad
y administrara justicia rectamente:*
4. *dame la sabiduría entronizada junto a ti,
no me niegues un puesto entre los tuyos.*
5. *Porque soy siervo tuyo, hijo de tu sierva,
hombre débil y efímero,
incapaz de entender el derecho y la*

²⁵ Sb 9, 1-6, 9-18.

ley;

*6. por más cumplido que sea un
hombre,
si le falta tu sabiduría, no valdrá
nada.*

(192) *9. Contigo está la sabiduría, que
conoce tus obras;
a tu lado estaba cuando hiciste el
mundo;
ella sabe lo que a ti te agrada,
lo que responde a tus
mandamientos.*

*10. Envíala desde el cielo sagrado,
mándala desde tu trono glorioso
para que esté a mi lado y trabaje
conmigo,
enseñándome lo que te agrada.*

*11. Ella que todo lo sabe y lo
comprende,
me guiará prudentemente en mis
empresas*

y me custodiará con su prestigio;

*12. así aceptarás mis obras,
juzgaré a tu pueblo con justicia
y seré digno del trono de mi padre.*

*13. Pues ¿qué hombre conoce el
designio de Dios?*

*¿Quién comprende lo que Dios
quiere?*

*14. Los pensamientos de los mortales son mezquinos
y nuestros razonamientos son falibles,*

*15. porque el cuerpo mortal es lastre del alma
y la tienda terrestre abrumba la mente pensativa.*

*16. Apenas adivinamos lo terrestre
y con trabajo encontramos lo que
está a mano;
pues ¿quién rastreará las cosas del
cielo?*

*17. ¿Quién conocerá tu designio,
si tú no le das la sabiduría
enviando tu santo espíritu desde el
cielo?*

*18. Sólo así fueron rectos los caminos de los terrestres,
los hombres aprendieron lo que te
agrada,
y la sabiduría los salvó.*

(193) A la oración vocal hay que añadir la mental. Ésta ilumina el entendimiento, infla-

ma la voluntad y capacita el alma para oír la voz de la Sabiduría, saborear sus dulzuras y poseer sus tesoros.

Personalmente, no encuentro nada tan eficaz para atraer a nuestras almas el Reino de Dios, la Sabiduría eterna, como el unir la oración vocal con la mental mediante la recitación del santo rosario y la meditación de los quince misterios encerrados en él.

CAPÍTULO XVI

Medios para alcanzar la divina Sabiduría

TERCER MEDIO: MORTIFICACIÓN UNIVERSAL

1. TE ES NECESARIA LA MORTIFICACIÓN

(194) *La Sabiduría* —dice el Espíritu Santo— *no mora en quienes viven cómodamente*,¹ es decir, en quienes viven a sus anchas, concediendo a las pasiones y sentidos cuanto apetecen, porque *los que viven sujetos a los bajos instintos son incapaces de agradar a Dios*² y la *tendencia a lo bajo significa rebeldía contra*

¹ Cf. Jb 28, 12-13.

² Rm 8, 8.

Dios.³ Mi aliento no durará por siempre en el hombre, puesto que es de carne.⁴

Los que son del Mesías —la Sabiduría encarnada— han crucificado sus bajos instintos con sus pasiones y deseos,⁵ llevan ahora y siempre en su persona la muerte de Jesús,⁶ se hacen violencia continuamente,⁷ llevan su cruz todos los días,⁸ están, finalmente, muertos y hasta conspultados con Jesucristo.⁹ Son estas palabras del Espíritu Santo, que muestran con la luz más que meridiana cómo para obtener la Sabiduría encarnada, Jesucristo, es necesario que te mortifiques y renuncies al mundo y a ti mismo.

(195) No pienses que la Sabiduría —más pura que los rayos del Sol— vaya a entrar en un alma y cuerpo manchados por los placeres de los sentidos. Ni pienses que conceda descanso y paz inefables a quienes aman la compañía y vanidades del mundo. *Al que salga*

³ Rm 8, 7.

⁴ Gn 6, 3.

⁵ Ga 5, 24.

⁶ 2 Co 4, 10.

⁷ Cf. Mt 11, 12.

⁸ Cf. Lc 9, 23.

⁹ Cf. Rm 6, 4, 8.

*vencedor le daré maná escondido.*¹⁰ Aunque esta amable soberana —gracias a su luz infinita— conoce y distingue en un instante todas las cosas, busca, no obstante, a quienes son dignos de ella: *Ella misma va de un lado a otro buscando a los que la merecen.*¹¹ Busca, porque su número es tan reducido, que encuentra a muy pocos bastante desapegados del mundo, suficientemente interiores y mortificados y, por tanto, dignos de ella: de su persona, de sus tesoros y amistad.

2. CÓMO MORTIFICARSE

(196) La Sabiduría exige para comunicarse una mortificación universal y continua, valerosa y discreta. No se contenta con una mortificación a medias y de pocos días.

Para alcanzar la Sabiduría te es necesario:

(197) 1º Renunciar efectivamente a los bienes del mundo, como lo hicieron los apóstoles, los discípulos, los primeros cristianos y los religiosos; es el modo más rápido, mejor y más eficaz para alcanzar la Sabiduría; o, por lo

¹⁰ Ap 2, 17.

¹¹ Sb 6, 16.

menos, desligar el corazón de esos bienes y poseerlos como si no los poseyeras, sin afanarte para adquirirlos, sin inquietarte por conservarlos, sin impacientarte ni lamentarte cuando los pierdas; lo que ciertamente es bien difícil de practicar.

(198) 2º No adoptar las modas de los mundanos en vestidos, muebles, habitaciones, comidas, costumbres ni actividades de la vida: *No os amoldéis al mundo este.*¹² Esta práctica es más necesaria de lo que se cree.

(199) 3º No creer ni secundar las falsas máximas del mundo, ni pensar, hablar ni obrar como las gentes del mundo. Estas tienen una doctrina tan contraria a la Sabiduría encarnada como las tinieblas a la luz, la muerte a la vida. Examina atentamente sus sentimientos y palabras: piensan y hablan mal de las más sublimes virtudes.

Es verdad que no mienten abiertamente, pues revisten sus mentiras con apariencias de verdad. Piensan que no mienten, pero en realidad están mintiendo. Por lo general, no aconsejan abiertamente el pecado, pero lo consideran como acto de virtud, honesto, indi-

¹² Rm 12, 2.

ferente o sin consecuencias.

En esta sutileza, que el mundo ha copiado del demonio para disimular la fealdad del pecado y de la mentira, consiste aquella malicia de que habla san Juan: *El mundo entero está bajo el poder del malo*,¹³ hoy más que nunca.

(200) 4º Huir cuanto te sea posible de la compañía de los hombres. No sólo la de los mundanos, tan peligrosa y nociva, sino también la de las personas de piedad cuando es inútil y hace perder el tiempo. Si deseas llegar a ser santo y perfecto, debes poner en práctica estas tres palabras de oro que la Sabiduría eterna dijo a san Arsenio: «¡Huye, escóndete, calla!»¹⁴

Huye en lo posible de la compañía de los hombres, como han hecho los mayores santos.¹⁵ *Vuestra vida está escondida con el Mesías en Dios*.¹⁶ Guarda, en fin, silencio con los hombres para dialogar con la Sabiduría: *Hay quien calla y pasa por sabio*.¹⁷

¹³ 1 Jn 5, 19.

¹⁴ Cf. *De vitis Patrum*, III. *Verba seniorium* n. 190.

¹⁵ *Imitación de Cristo* 1. 1. c. 20 n. 1.

¹⁶ Col 3, 3.

¹⁷ Si 20, 5.

(201) 5º Para alcanzar la Sabiduría te es necesario mortificar tu propio cuerpo, no sólo sufriendo con paciencia las enfermedades corporales, las inclemencias del tiempo y las molestias de las creaturas durante la vida, sino también procurándote algunas penalidades y mortificaciones, como ayunos, vigili­as y otras austeridades propias de los santos penitentes.

Se necesita valor para ello, porque la carne —por naturaleza— se idolatra a sí misma y el mundo considera y desprecia por inútiles todas las mortificaciones corporales. ¡Cuánto no dice y hace para apartarnos de las austeridades de los santos! De cada uno de los cuales se dice proporcionalmente: «El sabio o el santo redujo su cuerpo a servidumbre con vigili­as, ayunos, disciplinas, por el frío, la desnudez y toda suerte de austeridades. Tenía hecho un pacto consigo mismo de no darse reposo en este mundo.»¹⁸

El Espíritu Santo dice que todos los santos aborrecían hasta de *las ropas manchadas por su propio cuerpo*.¹⁹

¹⁸ Cf. *Breviario Romano*, en la fiesta de san Pedro de Alcántara.

¹⁹ Cf. Judas 23.

(202) 6º Te es absolutamente necesario unir la mortificación externa y voluntaria, para que sea buena, a la del juicio y a la de la voluntad mediante la santa obediencia. Sin la cual toda mortificación queda manchada de voluntad propia, y frecuentemente es más agradable al diablo que a Dios.

Por eso no debes hacer ninguna mortificación extraordinaria sin pedir consejo. *Yo, la Sabiduría, convivo con la prudencia.*²⁰ *El que se fía de sí mismo es un necio.*²¹ *El sabio actúa con prudencia.*²² Si no quieres tener que arrepentirte de lo que haces, no debes obrar sino después de haber pedido consejo a un hombre prudente; es lo que te aconseja el Espíritu Santo: *No hagas nada sin reflexión; así no te arrepentirás de lo que hagas.*²³ *Pide consejo al sensato.*²⁴

Gracias a la obediencia, eliminas el amor propio, que todo lo malogra; haces muy meritorio lo insignificante, quedas a salvo de las ilusiones del demonio, vences a todos los ene-

²⁰ Pr 8, 12.

²¹ Pr 28, 26.

²² Pr 13, 16.

²³ Si 32, 24.

²⁴ Tb 4, 18.

migos y llegas con seguridad —casi como dormido— al puerto de la salvación.²⁵

Cuanto acabo de decir se resume en este precioso consejo: «*Déjalo todo, y al encontrar a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, ¡lo encontrarás todo!*»²⁶

CAPÍTULO XVII

Medios para alcanzar la divina Sabiduría

CUARTO MEDIO: UNA VERDADERA Y TIERNA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

(203) Aquí tienes, finalmente, el mejor medio y el secreto más maravilloso para adquirir y conservar la divina Sabiduría: una tierna y verdadera devoción a la Santísima Virgen.¹

²⁵ «La obediencia es una navegación sin peligro, una peregrinación que se realiza durmiendo» (san Juan Clímaco, *La santa escala*).

²⁶ Cf. *Imitación de Cristo* 1. 3 c. 32 n. 1.

¹ Condensa aquí san Luis María la doctrina que más ampliamente expondrá en *El secreto de María* y en el *Tratado de la verdadera devoción...*: la devoción a la Santísima Virgen es el medio maravilloso y más excelente para llegar a la unión con Jesucristo y crecer más y más en Él.

1. TE ES NECESARIA UNA VERDADERA DEVOCIÓN A MARÍA

Nadie, fuera de María, encontró gracia delante de Dios para sí misma y para toda la humanidad; nadie sino Ella tuvo el poder de encarnar y dar a luz a la Sabiduría eterna, y nadie, fuera de ella, puede, aun hoy —por decirlo así—, encarnarlo en los predestinados gracias a la operación del Espíritu Santo.

Los patriarcas, los profetas y los santos del Antiguo Testamento gimieron, suspiraron e imploraron la encarnación de la Sabiduría eterna, pero ninguno pudo merecerla.² Sólo María, por la sublimidad de sus virtudes, fue encontrada digna de subir hasta el trono de la divinidad y merecer ese bien infinito.³ Vino a ser Madre, Señora y Trono de la divina Sabiduría.

(204) María es la dignísima Madre de la Sabiduría, porque la encarnó y dio a luz como fruto de sus entrañas: *Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.*⁴

² Cf. n. 104.

³ Cf. san Gregorio Magno, *In librum primun Regum expositio* I c. 1 n. 5; san Bernardo, *Sermo de aquaeductu*.

⁴ Lc 1, 42.

Por ello podemos afirmar con toda verdad que en todo lugar donde esté Jesús —en el cielo, en la tierra, en los sagrarios o en los corazones— es fruto y obra de María y que sólo María es el árbol de vida, y Jesús su único fruto.

Por consiguiente, quien desee este fruto maravilloso en el corazón, debe poseer el árbol que lo produce. ¡Si deseas tener a Jesús, debes tener a María!⁵

(205) María es Señora de la Sabiduría. No porque sea superior o igual a la Sabiduría divina, que es verdadero Dios. Blasfemo sería pensarlo o decirlo. Sino porque Dios Hijo, la Sabiduría encarnada, se ha sometido perfectamente a María, su Madre; porque Él le ha otorgado un incomprensible poder maternal y natural sobre sí mismo, no solamente durante la vida terrena, sino también en el cielo, ya que la gloria no destruye a la naturaleza, sino que la perfecciona. De suerte que Jesús es en el cielo, más que nunca, Hijo de María, y María, Madre de Jesús. Y en cuanto tal, María tiene autoridad sobre Él, y Él, en cierto modo,

⁵ «Si queremos ser cristianos, debemos ser marianos» (Pablo VI, 24-3-1970).

le está sometido, porque así lo quiere. Esto significa que María, por su plegaria poderosa y su divina maternidad, obtiene de Jesús todo cuanto quiere, lo comunica a quien quiere y lo produce cada día en quien Ella quiere.

(206) ¡Oh! ¡Qué dichoso es quien se ha granjeado la benevolencia de María! Puede estar seguro de poseer muy pronto la Sabiduría. Porque María, que ama a los que la aman,⁶ le comunica sus dones a manos llenas, especialmente el que encierra a todos los demás: Jesús, fruto de su vientre.

(207) Si podemos decir con toda verdad que, en cierto sentido, María es Señora de la Sabiduría encarnada, ¿qué diremos de su poder sobre las gracias y dones de Dios y de la libertad de que goza para distribuirlos a quien le plazca?

Dicen los Santos Padres que María es el océano inmenso de todas las gracias de Dios, el magnífico almacén de sus bondades, el tesoro inagotable del Señor y la tesorera y dispensadora de todos sus dones.

Habiéndole dado su propio Hijo, el Padre quiere —al mismo tiempo— que lo recibamos

⁶ Cf. Pr 8, 17.

todo de Ella, y no desciende a la tierra don celestial alguno que no pase por sus manos como por un canal.

Todo lo hemos recibido de su plenitud. Y si hay en nosotros alguna gracia, alguna esperanza de salvación, es don de Dios que nos llega por María. Tan dueña es Ella de los bienes de Dios, que da a quien quiere, cuanto quiere, cuando quiere y como quiere todas las gracias de Dios, todas las virtudes de Jesucristo y todos los dones del Espíritu Santo, todos los bienes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Son estos pensamientos y expresiones de los Santos Padres, cuyos textos latinos no transcribo para abreviar.

Pero sean cuales fueren los dones que nos otorgue nuestra soberana y amable Princesa, Ella no se da por satisfecha hasta darnos la Sabiduría encarnada, su Hijo Jesús, y vive buscando personas dignas de la Sabiduría⁷ para comunicársela.

(208) María es, además, el Trono regio de la Sabiduría eterna. En quien la Sabiduría manifiesta sus grandezas, ostenta sus tesoros y encuentra sus delicias. Y no hay otro lugar

⁷ Sb 6, 16.

en el cielo y en la tierra donde la Sabiduría eterna derroche tanta magnificencia y se complazca tanto como en la incomparable María.

Por ello, los Santos Padres la definen como santuario de la divinidad, descanso y complacencia de la Santísima Trinidad, trono de Dios, ciudad de Dios, altar de Dios, templo de Dios, mundo y paraíso de Dios. Epítetos y alabanzas que resultan verdaderos en relación con las múltiples maravillas que el Altísimo ha realizado en María.

(209) Es así como sólo por María podrás obtener la Sabiduría.

Pero, si llegamos a recibir un don tan sublime como el de la sabiduría, ¿dónde lo colocaremos? ¿Qué casa, qué lugar, qué trono ofreceremos a una Reina tan pura y resplandeciente, ante la cual los rayos del Sol no son sino fango y tinieblas? Quizás me respondas que la Sabiduría sólo busca nuestro corazón, y que basta ofrecérselo y colocarla en él.

(210) ¿Ignoras, quizás, que nuestro corazón está manchado e impuro, es carnal y está lleno de múltiples pasiones, y, por tanto, es indigno de hospedar a tan santo y noble huésped? Y, aun cuando tuviéramos cien mil cora-

zones como el nuestro y se los ofreciéramos para que le sirvan de trono, con todo derecho podría despreciar nuestro ofrecimiento, permanecer sorda a nuestras solicitudes, acusarnos de temeridad e insolencia por pretender alojarlo en lugar tan infecto e indigno de su Majestad.⁸

(211) ¿Qué hacer, pues, para que nuestro corazón sea digno de la Sabiduría?

Aquí está el gran consejo, el secreto admirable: ¡Introduzcamos —por decirlo así— a María en nuestra casa,⁹ consagrándonos a Ella como servidores y esclavos suyos! ¡Desprendámonos, en sus manos y en honor suyo, de todo cuanto más amamos, sin reservarnos nada! Y esta bondadosa Señora, que jamás se deja vencer en generosidad, se dará a nosotros de manera incomprensible, pero real. Entonces, la Sabiduría eterna vendrá a morar en Ella, como en su trono más glorioso.

(212) María es el imán sagrado que dondequiera que esté atrae tan fuertemente a la

⁸ Recuérdese lo dicho en Jn 15, 5 y GS 13. La afirmación de Montfort no quiere contradecir en forma alguna lo que sabemos sobre la dignidad de la persona humana.

⁹ Cf. Jn 19, 27.

Sabiduría eterna, que ésta no puede resistirla. Es el imán que la atrajo a la tierra para los hombres, y la sigue atrayendo todos los días a cada una de las personas en que Ella mora. Si logramos tener a María en nosotros, fácilmente y en poco tiempo, gracias a su intercesión, alcanzaremos también la divina Sabiduría.

Entre todos los medios que existen para poseer a Jesucristo, María es el más seguro, fácil, corto y santo. Aunque hiciéramos las más espantosas penitencias, emprendiéramos los viajes más penosos y los trabajos más pesados; aun cuando derramáramos nuestra sangre para adquirir la divina Sabiduría, si nuestros esfuerzos no están acompañados de la intercesión de la Santísima Virgen y de la devoción a Ella, serán poco menos que incapaces e inútiles para alcanzarla. Pero si María pronuncia una palabra en favor nuestro, si su amor mora en nosotros, si nos hallamos marcados con el sello de los fieles servidores que observan sus caminos, pronto y sin fatiga obtendremos la divina Sabiduría.

(213) Observa que María no es solamente la Madre de Jesús, Cabeza de los elegidos, sino también la Madre de todos sus miembros; de hecho, Ella los engendra, los lleva en su seno

y los hace nacer a la gloria mediante la gracia de Dios que Ella les comunica.

Esta doctrina pertenece a los Santos Padres —entre otros, a san Agustín—, quien dice que los elegidos moran en el seno de María y que Ella los da a luz cuando entran en la gloria. Además, solamente a María ha dicho Dios que habite en Jacob, tome por herencia a Israel y arraigue en los elegidos y predestinados.

(214) De estas verdades debemos concluir que:

1º en vano nos gloriamos de ser hijos de Dios y discípulos de la Sabiduría, si no somos hijos de María;

2º para entrar en el número de los elegidos es necesario que María habite y arraigue en nosotros por medio de una tierna y sincera devoción hacia Ella;

3º oficio de María es engendrar en nosotros a Jesucristo, y a nosotros en Él, hasta la perfección y madurez total,¹⁰ de suerte que puede decir de sí misma, con mayor verdad que san Pablo: *Hijos míos, otra vez me causáis*

¹⁰ Cf. Ef 4, 13.

dolores de parto hasta que Cristo tome forma en vosotros."

2. EN QUÉ CONSISTE LA VERDADERA DEVOCIÓN A MARÍA

(215) Deseoso de hacerte devoto de la Santísima Virgen, quizás me preguntes en qué consiste la verdadera devoción a Ella.

Te respondo en dos palabras: consiste en un gran aprecio de sus grandezas, en un reconocimiento sincero de sus beneficios, en un celo inmenso por su gloria, en una invocación continua de su ayuda, en una total dependencia de su autoridad, en una firme y tierna confianza en su bondad maternal.

(216) Cuídate mucho de las falsas devociones a la Santísima Virgen. De ellas se sirve el demonio para engañar y llevar a la condenación a muchas almas. No me detengo a describirlas. Me contentaré con afirmar que la verdadera devoción a la Santísima Virgen es siempre *interior*, sin hipocresía ni superstición; *tierna*, sin indiferencia ni escrúpulos; *constante*, sin alteraciones ni infidelidad;

¹¹ Ga 4, 19.

santa, sin presunción ni desorden.

(217) Cuidado, pues, con pertenecer:

- al número de los falsos devotos *hipócritas*, que hacen consistir su devoción únicamente en las palabras y en lo exterior;

- al número de los devotos *críticos y escrupulosos*, que temen honrar demasiado a la Santísima Virgen y deshonorar al Hijo al honrar a la Madre;

- al número de los *indiferentes e interesados*, que no tienen amor tierno y filial confianza a la Santísima Virgen y sólo recurren a Ella para obtener o conservar bienes temporales;

- a los devotos *inconstantes y superficiales*, que son devotos de la Santísima Virgen sólo a su capricho y a intervalos y abandonan su servicio cuando llega la tentación;

- ni, finalmente, a los devotos *presuntuosos*, que, bajo el velo de algunas devociones exteriores, esconden un corazón corrompido por el pecado y se hacen la ilusión de que, gracias a estas prácticas de devoción a la Santísima Virgen, no morirán sin confesión y se salvarán, por más pecados que cometan.

(218) No descuides alistarte en las cofradías de la Santísima Virgen, especialmente en la del Santísimo Rosario, cumpliendo los

compromisos que conllevan, y que son muy eficaces para la salvación.

(219) Pero la más perfecta y útil de todas las devociones a la Santísima Virgen es la de consagrarse totalmente a Ella —y a Jesucristo por medio de Ella— en calidad de esclavos, haciéndole entrega total y perpetua del propio cuerpo, alma, bienes interiores y exteriores, satisfacciones y méritos de las buenas obras, y del derecho de disponer de ellas y, en fin, de todos los bienes recibidos en el pasado, de los que se poseen al presente y se poseerán en el futuro.

Dado que son muchos los libros que tratan de esta devoción, básteme afirmar que no he encontrado jamás una práctica de devoción a la Santísima Virgen más sólida que ésta —porque se apoya en el ejemplo de Jesucristo—, ni que dé más gloria a Dios, sea más saludable al alma, más terrible a los enemigos de la salvación, más suave y fácil.

(220) Esta devoción, debidamente practicada, no sólo atrae al alma a Jesucristo, la Sabiduría eterna, sino que la mantiene y conserva en ella hasta la muerte. ¿De qué nos servirá, me pregunto entonces, buscar mil secretos y gastar mil esfuerzos para alcanzar

el tesoro de la Sabiduría si, después de recibirlo, tenemos la desgracia de perderlo por nuestra infidelidad, como le sucedió a Salomón? Él era tan sabio como quizás nosotros no llegaremos a serlo jamás. Era, por consiguiente, más fuerte e iluminado. Y, sin embargo, fue engañado y vencido y cayó en el pecado y la locura, dejando a sus sucesores doblemente asombrados: ante sus luces y sus tinieblas, ante su sabiduría y la insensatez de sus pecados. Si su ejemplo y sus escritos animaron a todos sus descendientes a desear y buscar la Sabiduría, podemos decir que su caída, o la duda bien fundada que de ella tenemos, ha retraído a una multitud de personas de buscar una realidad tan hermosa en verdad, pero tan fácil de perder.

(221) Para ser, pues —en cierta forma—, más sabios que Salomón, coloquemos en manos de María cuanto poseemos y el mismo tesoro de los tesoros que es Jesucristo, a fin de que Ella nos lo conserve. Somos vasos demasiado frágiles; no pongamos en ellos tan precioso tesoro ni este celestial maná. Muchos enemigos nos rodean y son demasiado astutos y experimentados; no confiemos en nuestra prudencia ni en nuestra fuerza. La dolorosa

experiencia que tenemos ya de nuestra inconstancia y natural ligereza nos obligan a desconfiar de nuestra prudencia y fervor.

(222) María es prudente; pongámoslo todo en sus manos. Ella sabrá disponer de nosotros y de cuanto nos pertenece para la mayor gloria de Dios.

María es caritativa; nos ama como a hijos y servidores suyos. Ofrezcámosle todo. No perderemos nada, ya que todo lo hará redundar en provecho nuestro.

María es generosa; devuelve más de lo que se le confía. Démosle cuanto poseemos sin reserva alguna y recibiremos el ciento por uno: por cien huevos, un buey, según reza el refrán.

María es poderosa; nadie puede arrebatarse lo que se le ha confiado en depósito. Pongámonos en sus manos, que Ella nos defenderá y nos hará triunfar sobre nuestros enemigos.

María es fiel; no deja perder ni extraviar lo que se le confía. Es la Virgen fiel por excelencia a Dios y a los hombres. Conservó cuanto Dios le había confiado, sin perder ni una partícula, y sigue conservando con particular esmero a quienes se colocan bajo su protección y cuidado.

Confiémoslo, pues, todo a su fidelidad. Agarrémonos a Ella como a una columna que no se puede derribar, como a un áncora que no se puede arrancar o, mejor, como a la montaña de Sión, a la que nadie puede conmovér.¹² Por muy ciegos, débiles e inconstantes que seamos por naturaleza y por muy numerosos y malignos que sean nuestros enemigos, jamás seremos engañados, ni nos extraviaremos, ni tendremos la desdicha de perder la gracia de Dios y el infinito tesoro de la sabiduría eterna.

*Consagración de sí mismo
a Jesucristo, la Sabiduría encarnada,
por medio de María*

(223) ¡Oh Sabiduría eterna y
 encarnada,
 oh amabilísimo y adorable Jesús,
 verdadero Dios y verdadero hombre,
 Hijo único del Padre eterno,
 y de María, siempre virgen!
 Te adoro profundamente
 en el seno y esplendores del Padre,
 durante la eternidad,

¹² Cf. Sal 125 (124), 1; 46 (45), 6.

y en el seno virginal de María,
tu dignísima Madre,
en el tiempo de la encarnación.

Te doy gracias
por haberte anonadado,
tomando forma de esclavo
para liberarme de la cruel esclavitud
del demonio.

Te alabo y glorifico
por haberte sometido libremente
y en todo
a María, tu Madre santísima,
para hacerme por Ella tu esclavo fiel.

Mas, ¡ay! Ingrato e infiel como soy,
no he cumplido contigo los votos
y promesas
que tan solemnemente te hice en el
bautismo,
no he cumplido mis obligaciones
ni merezco llamarme hijo ni esclavo
tuyo.

Y no habiendo en mí nada
que no merezca tu cólera y rechazo,
no me atrevo a acercarme por mí
mismo
a tu santísima y augusta Majestad.

Por ello, acudo a la intercesión
y misericordia
de tu santísima Madre.

Tú me la has dado como Mediadora
ante ti.

Yo espero alcanzar de ti, por
mediación suya,
la contrición y el perdón de mis pecados
y la adquisición y conservación de la
Sabiduría.

(224) Te saludo, pues, ¡oh María
inmaculada!,
tabernáculo viviente de la divinidad,
en donde la Sabiduría eterna, escondida,
quiere ser adorada por ángeles y
hombres.

Te saludo, ¡oh Reina del cielo
y de la tierra!

A tu imperio está sometido
cuanto hay debajo de Dios.

Te saludo, ¡oh Refugio seguro
de los pecadores!;
todos experimentan tu gran
misericordia.

Atiende mis deseos de alcanzar
la divina Sabiduría,
y recibe para ello los votos y ofrendas
que en mi bajeza te vengo a presentar.

(225) Yo, (...), pecador infiel,
renuevo y ratifico hoy en tus manos

los votos de mi bautismo;
renuncio para siempre a Satanás,
a sus pompas y a sus obras
y me consagro totalmente a Jesucristo,
la Sabiduría encarnada,
para llevar mi cruz en su seguimiento
todos los días de mi vida
y a fin de serle más fiel
de lo que he sido hasta ahora.

Te escojo hoy,
en presencia de toda la corte celestial,
por mi Madre y Señora;

Te entrego y consagro,
en calidad de esclavo,
mi cuerpo y mi alma,
mis bienes interiores y exteriores
y hasta el valor de mis buenas acciones
pasadas, presentes y futuras.

Dispón de mí y de cuanto me
pertenece,
sin excepción, según tu voluntad,
para mayor gloria de Dios
en el tiempo y la eternidad.

- (226) Recibe, ¡oh Virgen benignísima!,
esta humilde ofrenda de mi esclavitud;
en honor y unión de la sumisión
que la Sabiduría eterna
ha querido tener para con tu maternidad;

en honor del poder que ambos tenéis
sobre este gusanillo y miserable pecador
y en acción de gracias
por los privilegios
con los que la Santísima Trinidad
ha querido favorecerte.

Protesto que de hoy en adelante
quiero, como verdadero esclavo tuyo,
buscar tu gloria y obedecerte en todo.

¡Oh Madre admirable!
Preséntame a tu querido Hijo
en calidad de eterno esclavo,
a fin de que, habiéndome rescatado
por tu mediación,
me reciba ahora de tu mano.

(227) ¡Oh Madre de misericordia!
Alcánzame la verdadera Sabiduría
de Dios,
colocándome para ello entre aquellos
a quienes amas, enseñas, diriges,
nutres y proteges
como a tus verdaderos hijos y esclavos.

¡Oh Virgen fiel!
Haz que yo sea en todo
tan perfecto discípulo, imitador
y esclavo
de la Sabiduría encarnada,
Jesucristo, tu Hijo,

que logre llegar, por tu intercesión
y a ejemplo tuyo,
a la plenitud de su edad sobre la tierra
y de su gloria en el cielo.
Amén.

*El que pueda con eso, que lo haga.¹³
Quien sea sabio, que lo entienda,
quien sea inteligente, que lo comprenda.¹⁴*

¹³ «*Qui potest capere capiat*» (Mt 19, 12).

¹⁴ «*Qui sapiens et intelliget... haec*» (Os 14, 10).

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN	3
INTRODUCCIÓN DEL AUTOR.....	17
CAPÍTULO I	26
CAPÍTULO II	33
CAPÍTULO III	41
CAPÍTULO IV	48
CAPÍTULO V	57
CAPÍTULO VI	64
CAPÍTULO VII	73
CAPÍTULO VIII	84
CAPÍTULO IX	96
CAPÍTULO X	105
CAPÍTULO XI	111
CAPÍTULO XII	117
CAPÍTULO XIII	129
CAPÍTULO XIV	138
CAPÍTULO XV	152
CAPÍTULO XVI	164
CAPÍTULO XVII	171
Consagración de sí mismo	185